

CURRÍCULUM DEL AMBIENTALISMO HUMANISTA

Angel, Felipe

Septiembre 2006

*Esta ponencia fue presentada en el **V Congreso Iberoamericano de Educación Ambiental** celebrado en abril, 2006 en Joinville, Brasil*

Felipe Ángel (Cali, Colombia, 1959)

Padre de Alejandro Ángel. Pensador Ambiental. Profesor. Conferencista invitado a diversos eventos internacionales. Autor de varios libros, entre ellos: "El método de Jaques. Una historia ambiental de las ciencias naturales, de las ciencias humanas y de las ingenierías", y "Lo humano de lo humano"

*"A los tres educadores que me forjaron como educador:
A Josué Angel, mi padre, artífice de las nociones básicas y de las instituciones
principales de la educación en el suroccidente colombiano. Fue el primer
colombiano especializado en currículum. Con mi padre aprendí tanto la inclinación
general de lo que es la educación como las particularidades de las diversas
corrientes a través de la historia, desde la paideia griega hasta 1996, cuando
murió.*

*A Augusto Angel, mi tío, uno de los pioneros de la Educación Ambiental
latinoamericana.*

A Carlos Galano, cómplice temático en la profundización de la Educación Ambiental"

Antes de presentar mi propuesta, que denomino Currículum del Ambientalismo Humanista, no es inconveniente ver el paisaje general del pensamiento actual con respecto a las necesidades que lo alimentan. Las distintas tendencias de la Educación Ambiental coincidimos en un punto crucial, entendemos de forma similar los síntomas de la situación a la cual nos enfrentamos. Sin embargo, diferimos profundamente en cuanto a la etiología de esta situación y, por lo tanto, en cuanto al tipo de Educación Ambiental que requiere el momento. La educación es el barco en el cual navega la cotidiana constancia de lo que realmente creemos que es y queremos que sea el mundo. Toda época se verifica como autodefinición en su propuesta educativa. La exigencia de una práctica pedagógica, la ineludible disposición del orden en el cual se enseñan los diferentes saberes, el antiguo empuje humano por transmitir lo mejor posible el conocimiento de una generación a la siguiente, obligan a los educadores a enfrentarse día a día con la viabilidad real de lograr enseñar. Las diferentes tendencias de la Educación Ambiental no solamente se decantan en razón de la argumentación que las avala sino que, más aún, se decantan día a día, educador por educador, en la viabilidad real de lograr enseñar según la perspectiva de cada una de esas tendencias. El deber básico, la ética ineludible, de la Educación Ambiental consiste en enfrentar la situación actual. Los educadores ambientales tenemos no solamente un saber sino una finalidad histórica, una función precisa en una época específica. Lo contrario conlleva negar la ineludible carga política de cualquier educación, no ya únicamente la Ambiental. Pero dentro de la educación en general, la ambiental gravita en el centro de la viabilidad misma de que la Madre Tierra no deje de ser sustentable. Así que, no sin dificultad, exoneramos a las diferentes tendencias de la Educación Ambiental de la viabilidad de generar un aprendizaje real en el despliegue curricular y, por ende, en la práctica del proceso de aprendizaje.

En términos generales, las tendencias de la Educación Ambiental son tres. Una basada en la ecología, otra fundamentada en Heidegger a través del pensamiento postmoderno y una tercera enraizada en el Ambientalismo Humanista. La primera tendencia, la ecologista, concibe la Educación Ambiental como la enseñanza del ecosistema, por ejemplo el ciclo del agua, la flora, la fauna, la biodiversidad, el suelo, la atmósfera, etc. Por ende, se basa en las ciencias naturales y no incluye los saberes al respecto de lo humano. La segunda tendencia, la postmoderna heideggeriana, rechaza la ciencia, tomando como punto de partida la aseveración de Heidegger: "La ciencia no piensa". Asumen como verdad que la ciencia es sólo equiparable al positivismo. Últimamente tilda la interdisciplina como un arma totalizadora y la sustituye por un diálogo de saberes interculturales, del cual destierra la ciencia. El mundo le parece incognoscible. La tercera tendencia, el Ambientalismo Humanista, considera que lo humano es parte de la naturaleza pero no del ecosistema, se sustenta en la denominada Filosofía de la Naturaleza con una larga tradición de pensadores como Tales de Mileto, Heráclito, Teofrasto, Spinoza o Hegel. Se trata de procurar un retorno de lo humano a la Madre Tierra con el objeto



de salir del alejamiento, producto del devenir histórico de la Modernidad, que nos apartó de ella en múltiples ámbitos del saber y en nuestra experiencia individual y cotidiana.

La corriente del Ambientalismo Humanista reconoce la ciencia como una construcción histórica que no necesariamente remite al positivismo sino que, lejos de aceptar como verdad esa noción de ciencia, considera que se encuentra igualmente en las múltiples trepanaciones de cráneo realizadas hace cientos de miles de años, en los saberes tradicionales de los pueblos originarios, en la domesticación de los metales hace siete mil años, en la milenaria agricultura y, por ende, en los saberes campesinos y, en general, en la racionalidad construida históricamente, época por época. La ciencia habita tanto en los saberes del mecánico automotriz como en las grandes academias o centros de investigación de punta. No porque alguien posea un magnífico auto último modelo, mi pequeño automotor deja de ser un carro. La ciencia atraviesa lo humano porque ha contribuido a construir lo humano. Ha devenido liberadora en muchas épocas, lo mismo que opresora en otras. No creemos que Michel de Servet, al ser quemado vivo en el siglo XVI con el fuego producido por la edición de sus propios libros que describían la circulación de la sangre, pueda considerarse como algo menos que un luchador por la libertad. Calvino lo quemó. ¿No es Galileo un luchador por la libertad? ¿No pagó un precio por lo liberador de su ciencia? ¿No es parte insustituible de la libertad el saber que la Madre Tierra gira alrededor del Padre Sol? Sin ciencia, ¿cómo mostramos que ha de ser escuchada nuestra alarma ante la situación ambiental actual? Tendrían razón en no tenernos en cuenta puesto que no podríamos ni saber ni mostrar que el deterioro Ambiental es serio no sólo en el presente sino que en el mañana conducirá a tal o cual situación, peor o mejor según procedamos desde ahora.

Creemos que la interdisciplina está lejos de ser la causante de la tecnologización depredadora. Por el contrario, la tenemos como un arma liberadora puesto que esta situación es producto de la confinación de cada ciencia en guethos epistemológicos y del autismo con el cual se ha asumido la especialización. Solamente la interdisciplina posibilita una salida coherente a la coartada de la especialización positivista. No estamos dispuestos a abandonar la interdisciplina, mucho menos bajo la premisa de que conduce a un conocimiento opresor. Hoy en día el sentido liberador de la ciencia reside en la interdisciplina. Lo entendemos así no por moda ni por capricho epistemológico sino porque la realidad es interdisciplinaria en cada uno de sus momentos y lugares.

Dentro del Ambientalismo Humanista y, por ende, en la propuesta curricular para la Educación Ambiental, el ecosistema es tomado no sólo como origen de lo humano hace millones de años sino también como inconmutable generador de las especificidades y otredades de lo humano, porque lo humano se ha hecho y se hace humano al transformar el ecosistema. Allí, en la apropiación del espacio, se entronca nuestra propuesta curricular con las luchas concretas y los anhelos alcanzables de los pueblos.

La Educación Ambiental atraviesa el mismo mar gnoseológico por el cual navegan los saberes actuales. Una corriente del pensamiento postmoderno arrasa con las ciencias sociales y, por ende, con la educación, basados en la supuesta victoria de Niels Böhr sobre Einstein en sus famosos debates de la década de 1930. Cabalgan en el lomo del Círculo de Viena en un caballo de Troya que se apresta a desconocer la posibilidad de un mundo con un orden suficiente para ser aprendido y enseñado. Una corriente de no poco peso dentro de la Educación Ambiental adoptó este



postulado. En ese escenario, se desdeña la ciencia como conocimiento válido, se reduce la faena educativa a la enseñanza de unos valores vacíos de contenido como la capacidad de asombrarse o de dudar, se considera incognoscible el mundo y los educandos aprenden exclusivamente la noción de que su libertad es infinita. Para la tendencia postmoderna heideggeriana incluso el ecosistema es un caos. Dentro del caos reina la individualidad, puesto que no existe un cuerpo de ritmos dentro de una sucesión de procesos que le designe su lugar en el mundo. Para el Ambientalismo Humanista la libertad individual posee unos límites cortados con la tijera de la necesidad. La libertad individual tiene dos restricciones: respetar la libertad de los otros humanos y no fracturar la resiliencia del ecosistema. Sobre ese concepto de libertad formamos los educandos.

Desde la corriente postmoderna heideggeriana se toma cualquier referencia a la causalidad o, lo que es lo mismo, a la certeza, como un anacronismo que intenta imponer un pensamiento hegemónico. No se puede confundir el pensamiento hegemónico con el reconocimiento de la causalidad y, por ende, del transcurrir cotidiano de los lapsos, del parloteo de los ritmos, mediante los cuales atraviesa su existencia lo que ha llegado a estar presente en el universo. Einstein pregona la causalidad y Böhrr el azar. Nos quedamos con Einstein. Al aceptar el hecho de que el Sol no gira alrededor de la Tierra, el ánimo corretea lejos del pensamiento hegemónico. Aceptamos que el Sol no gira alrededor de la Madre Tierra. No creemos que nuestra ética educativa se menoscabe por ello. Nada dogmático ni hegemónico acompaña el ánimo al hacerlo. Es parte de nuestro compromiso ético el que nuestros educandos se formen bajo ese saber. Percibimos cómo lo dogmático, lo hegemónico, inunda los pulmones de quienes encierran su pensamiento en el cuarto oscuro de lo humano entendido solamente desde lo humano, asfixiados por el aire seco de lo excluyente. ¿Excluyente de qué? Excluyente de la presencia de aquello otro distinto a lo humano: el ecosistema y el universo mismo. Quienes suponen indispensable validar cualquier noción, incluida la de que el Sol gira alrededor de la Tierra, no son tolerantes con las presencias en este mundo ajenas a lo humano. El mundo ya estaba aquí antes de la presencia humana en él. Este es uno de los principios de la Educación Ambiental: el respeto por la presencia del ecosistema y del espacio exterior a la Madre Tierra.

¿Qué es el Currículum del Ambientalismo Humanista? ¿En qué estriba su especificidad con respecto a las otras tendencias de la Educación Ambiental? Nuestro postulado básico es este: en la diversidad ecológica habita la justicia social, la convivencia y la sustentabilidad. ¿Por qué? Intentan estas palabras responder esa pregunta en su sentido curricular.

La noción actual de qué es lo sustentable no pasa de ser una concepción amorfa, una gran palabra que no se refiere a algo específico, un comodín usado por unos y por otros. La definición de sustentable es operacionalmente nula, porque expresa una simple esperanza sin mostrar el camino. Se define lo sustentable como aquello que permitirá que las generaciones futuras cuenten con un acervo ecológico suficiente. Eso no alcanza a ser una definición epistemológica. Es la expresión de una esperanza. En realidad, la sustentabilidad así entendida solamente puede expresarse en forma de esperanza pues proviene del reduccionismo de las ciencias naturales. Se supone, desde la óptica de las ciencias naturales cuando pretenden abarcar lo humano, que la perdurabilidad de la diversidad ecosistémica debe darse debido a un sentido de conservación. Yo estoy de acuerdo con esa esperanza para mis nietos. Por supuesto. Pero eso tiene una importancia menor mientras no sepa cómo hacerlo realidad. Las ciencias naturales cuando tratan de incluir lo humano dentro de su objeto de estudio, generalmente terminan expresando una serie



ingenua de consejos morales, como Odum al centrarse en convencernos de la urgencia de convertirnos en unos "depredadores prudentes". Por eso, por estar basada exclusivamente en las ciencias naturales, la definición actual de sustentabilidad es únicamente la formulación de una esperanza. No niego que es importante que mis nietos, si algún día llegan, conozcan el deleite y la plena pertenencia a la naturaleza que producen los ecosistemas no intervenidos por lo humano. Pero este no es el fin básico del Ambientalismo y, por ende, tampoco de la Educación Ambiental. A la noción de sustentabilidad hay que incluirle las ciencias sociales, los saberes tradicionales y comunitarios, sin negar las ciencias naturales.

En términos epistemológicos la sustentabilidad es un diálogo de saberes entre las ciencias naturales, las ciencias sociales, los saberes tradicionales y comunitarios. Por ser un diálogo de saberes y no uno de opiniones, es ingenuo eludir el que se establece con el propósito de alcanzar un objetivo claro y distinto de cualquiera otro. ¿Cuál? Mantener la salud del conglomerado social al mantener la salud de la Madre Tierra. Esta es nuestra definición de sustentabilidad.

En términos pedagógicos el Currículum del Ambientalismo Humanista inicia este proceso. Por lo tanto, se pregunta qué significa la diversidad ecológica con respecto al conglomerado humano. Pero no nos basta con la respuesta. El Currículum del Ambientalismo Humanista conlleva una educación centrada en su pertinente capacidad de influenciar los procesos sociales. Es decir, dedicada a convertir en realidades sociales sus postulados pedagógicos. Por ello nos distanciamos tanto de la educación tradicional como de ciertas corrientes de la Educación Ambiental. No educamos para el mañana sino para el hoy. No sólo porque sabemos que el mañana empieza hoy sino, igualmente, porque la Educación Ambiental es un retorno a la piel, una caricia sin remordimientos. El Ambientalismo para nosotros, lejos de intentar abrirse al infinito, consiste en abrirse a lo real existente. Así concebimos la manera de habitar nuestro quehacer y de reconciliarnos con la fruición de lo lúdico. Dudamos que lo humano pueda desprenderse del presente inmediato de lo real existente. Amamos ese regreso a la vida real, besamos el atardecer y nos complacemos con la caricia del viento. Lo llamamos Ambientalismo.

Sin embargo, no olvidamos cuáles son las limitaciones del ámbito de influencia de la educación en los procesos históricos. La educación siempre ha sido un componente ineludible de las luchas por los derechos de los pueblos pero es solamente uno de varios. La Educación Ambiental amplía sus luchas y abarca los derechos del ecosistema. El Currículum del Ambientalismo Humanista se construye sobre la base de que los derechos de los pueblos y los derechos del ecosistema no se pueden separar.

La profundidad de la Educación Ambiental es inherente al aprendizaje sobre la relación entre lo humano y el ecosistema. La unión de estas dos complejidades, la ecosistémica y la humana, es la Complejidad Ambiental. El Currículum del Ambientalismo Humanista debe dirigirse hacia allá. Ha de ser el punto referencial en cualquier evaluación, fuere a educandos o a educadores. En términos de la interrelación de lo humano con el ecosistema, lo que en el pasado se ha probado como incapaz de ser sostenido, lo que hoy se muestra como insostenible y, por ende, lo que en el futuro podrá ser tenido como insustentable, camina por un sendero específico: el de la sobre simplificación de la diversidad ecosistémica por parte de lo humano. El Ambientalismo Humanista navega las aguas mediante las cuales lo humano se construye al intervenir el funcionamiento del ecosistema. Por ende, elabora una noción curricular que madura el aprendizaje en un camino que se debe recorrer en las dos direcciones, tanto de ida como de vuelta, ya que ambas



poseen la misma importancia. Una dirección va desde los saberes acerca de lo humano hacia los saberes acerca del ecosistema, en función de mostrar la manera en la cual nos relacionamos con el ecosistema. Y la otra va desde los saberes acerca del ecosistema hacia los saberes acerca de lo humano, ya no sólo en cuanto el funcionamiento de los ecosistemas no intervenidos sino, igualmente, de los sistemas intervenidos. Es decir, de las diferencias que se establecen entre un ecosistema intervenido y uno no intervenido. Tras recorrer este camino en ambas direcciones, se establece un nuevo período del diálogo de saberes, con el propósito de encontrar las similitudes y diferencias entre esas dos direccionalidades en las cuales se puede recorrer el mismo camino. A esto lo llamamos interdisciplina.

El Currículum del Ambientalismo Humanista permanece al lado de una noción referencial: tan importante es el significado de la diversidad del ecosistema como su contenido. El contenido invoca el cauce de la miríada de especies de flora y de fauna, su forma de interrelacionarse funcionalmente en flujos de energía, cadenas tróficas, etc y su concatenación con los ciclos biogeoquímicos, las aguas, los vientos y el suelo. La pregunta, entonces, es esta: ¿qué significa la diversidad ecológica? ¿No será en este sitio de la topografía argumental en donde toman diferentes caminos las tres corrientes básicas del Ambientalismo, la ecologista, la postmoderna heideggeriana y la Humanista? Para la corriente ecologista la diversidad del ecosistema carece de un correlato sobre lo humano simplemente porque lo humano les parece una parte de esa diversidad ecosistémica. Para la corriente postmoderna heideggeriana la diversidad ecosistémica reviste una importancia mínima, si la tiene. Casi nunca la mencionan. Para el Ambientalismo Humanista el significado de la diversidad del ecosistema pasa por la construcción de otredades culturales, por la posibilidad de justicia social, por la elaboración de soluciones concretas a los conflictos comunitarios y, en general, por la opción real de la sustentabilidad. Propone incorporar esta noción a nuestros valores, a nuestra práctica educativa, a nuestra palabra y a nuestro gesto, a nuestra labor diaria, precisa e indelegable. Ya que el Ambientalismo Humanista abarca la imbricación entre diversidad ecosistémica, otredades culturales, sustentabilidad y justicia social en textos específicos sobre esa temática, aquí simplemente apporto dos ejemplos a manera de ilustración. El monocultivo exige asalariados que trabajan en una latifundio ajeno. Las desmesuradas hidroeléctricas acaban con la diversidad ecosistémica pero también con las comunidades que habitan las cuencas de los ríos intervenidos. En el primer caso, el exterminio de la diversidad de la flora conlleva una específica distribución de la propiedad de la tierra. En el segundo, la diversidad tanto ecosistémica como humana generada por la cuenca de un río queda reducida a electricidad. Cuando el ecosistema es reducido a uno solo de sus elementos empiezan los problemas ambientales.

El Currículum del Ambientalismo Humanista hace énfasis en el aprendizaje y no en la enseñanza. La enseñanza nos tiene sin cuidado mientras no conduzca al aprendizaje. Es decir, el centro del Currículum del Ambientalismo Humanista es el educando, no el educador. Nos importa lo que se aprende, no lo que se enseña. Sin duda, aprender y enseñar son momentos cualificados del mismo proceso dialéctico. Pero lo profundo del proceder dialéctico reside en que diferencia causas y consecuencias. La educación no puede abstenerse de elegir una causa y una consecuencia dentro del proceder dialéctico entre aprendizaje y enseñanza. Volcar la prioridad hacia el aprendizaje es volverlo causa. La causa de que suceda el fenómeno educacional, lo que lo genera, es el educando. La enseñanza comienza, entonces, por el hecho de que el educador aprenda a conocer al educando. Este es el núcleo de una educación no abstracta. Se trata de la Pedagogía Participativa, cuya regla general para elaborar su pensum consiste en que el educador plantea



nociones del saber que pretende transmitir y los educandos elaboran estas nociones con respecto a sus valores personales y realidades concretas. En este momento, el Currículo del Ambientalismo Humanista dirige su diálogo de saberes hacia la relación entre el educando y el educador. Los educandos poseen un saber. Es más. Sobre ese saber que posee el educando necesariamente se incorpora cualquier aprendizaje nuevo. La educación abstracta pasa por alto este ineludible eje educacional. Por ende, su énfasis, su elección, es la enseñanza por encima del aprendizaje, la transmisión de información por parte del educador por encima de la formación por parte del educando. Educador no es quien posee o enseña muchos conocimientos sino quien propicia el aprendizaje de los conocimientos puesto que los incorpora como un valor. Nos preguntamos qué consecuencias conlleva enseñar un conocimiento sin convertirlo en un valor para quien aprende. Por el contrario, para nosotros el proceso educativo se centra ya no en la información sino en la formación. Todo conocimiento posee un valor, una carga anímica, en cuanto que necesariamente está inserto dentro de una específica perspectiva del mundo. Que la Madre Tierra gire alrededor del Padre Sol es un conocimiento específico en astronomía pero cada mañana en sus habitaciones se despiertan múltiples, múltiples, valores, como lo muestran los últimos años de la vida de Galileo.

Una educación basada en la enseñanza tiene por objeto la información y no la formación. Por ello para la educación abstracta la finalidad estriba en la cantidad y calidad de la información delimitada por el currículo, especificada en el pensum y explícitamente presentada por el educador. Una educación ya no basada en la enseñanza sino en el aprendizaje tiene por objeto la formación. Formación mediante la decantación personal por parte del educando de la información incluida en el currículo y, entonces sí y antes no, aprendida en cuanto personalmente establecida como un valor, como algo importante. Nuestra época le concede a la Educación Ambiental el privilegio de ser portavoz de algo importante, de algo motivante. Por decirlo así, debido a este privilegio de época la Pedagogía Participativa, como cualquier otra teoría del aprendizaje, surge de la entraña de los días que la ven nacer. La Pedagogía Participativa convierte el aula de clase en una atmósfera que se dignifica porque no es nimio para el educando prestar atención. El hecho educacional para el educando puede ser o insulso en cuanto ajeno o válido en cuanto propio. Al igual que el violinista conoce el violín, el médico el cuerpo humano, el campesino la tierra, así mismo el educador tiene el deber ético de conocer aquello sobre lo cual ejerce su actividad, el educando. La autoridad del educador no proviene del poder institucional del cual está investido, mediante las calificaciones, las reprimendas y burlas sobre los aportes del educando. Esta característica es de la educación abstracta. La autoridad del educador proviene del reconocimiento por parte del educando de que sus propios valores personales y realidades concretas tienen una imbricación íntima con el saber que se le está enseñando.

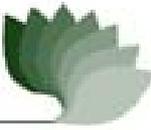
La Educación Ambiental todavía se debe a sí misma una pregunta: ¿qué tiene que ver el para qué se aprende con el qué se aprende? Un currículo, por ser el resumen de una época, nace en el para qué, no en el qué se aprende. El currículo que responde qué se aprende pertenece a la Educación Tradicional. El que responde ¿para qué se aprende? pertenece a la Educación Ambiental, puesto que esta ha de responder por su función de época. No admitimos conocimientos sino como rutas. No admitimos rutas ajenas al conocimiento. La emoción hay que merecerla en el ejercicio de incorporarse al mundo, pues por sí misma carece de un cauce que le permita fluir. Y, digo, que lo formativo pasa por reconocer que aprender, o sea aquello que lleva a ser parte integral del universo, sólo se da cuando la intuición se procura realidad emocionada, transformada; o sea, conocer como un guante que se



adapta a la mano para que esta moldee. La intuición pertenece al Currículum del Ambientalismo Humanista porque no la menospreciamos como si fuera una fantasía irrealizable. Educar es convertir intuiciones en realidades palpables o en oscilaciones pendulares o en fracasos innegables. La intuición es semilla, no cielo ni infierno. Educar es sembrar semillas. Semillas que tienen por suelo su época. Semilla que deviene árbol, árbol que procura frutos, frutos que traen semillas; de esa misma manera, todo aprendizaje consiste en dejar de ser uno mismo al adoptar aquello novedoso que se nos presenta. Aprender es cambiar. Dejar de ser semilla para volverse árbol, por mostrarlo así. Por esto el para qué se aprende es previo al qué se aprende. Si educar es sembrar semillas en el suelo de la época, el abono eres tú, educador, educadora. El abono mella la pereza que en estos días produce aprender. Ya que tus educandos desconocen aquello que les vas a enseñar, aras en los campos de lo que intuyen, no de lo que saben. La intuición para los educandos es el saber que enseñas. Puede que para ti sea ya algo gastado pero no para ellos. La gracia del hecho pedagógico quizá te abandonó pero la tuviste cuando paseabas la edad de quienes ahora son tus alumnas y tus alumnos. Ser educador o educadora consiste en permitirte a ti, y no a otro, recobrar los mejores momentos de tu propia vida, aunque quizá el conocimiento ahora te parezca tan aburrido como enseñar lo mismo un año tras otro y no lo que es, un beneficio tan lúdico que logra ser semilla que crece, árbol que entrega frutos, frutos que devienen semillas. El Ambientalismo nada tiene que ver con la pereza de estar vivo, con la tragedia de repetirse a uno mismo día tras día. Residen, pues, tu profundidad y eficacia pedagógica en lo que arriesgas al presentar tus conocimientos como valores, al sentir y generar pasión con los datos, con las fechas, con el orden argumental de las nociones, con la vida personal y contradictoria de los autores que das a conocer a tus alumnas y a tus alumnos. La emoción de estar vivos nos condujo a ser educadores ambientales. Por ello lo difícil de ser educadora o educador Ambiental reside en no desmerecer las decisiones personales que ya hemos tomado. Que aquellos y aquellas a quienes educamos aprendan el proceso y las consecuencias de tomar decisiones, proporciona el camino de lo constitutivo de lo humano. Lo humano es educación y la educación no posee otro fin que dar pautas para tomar decisiones. Por eso la formación nace del aprendizaje de la información como un valor.

Hay que educar para superar las formas de la racionalidad actual pero eso no debe significar ni la negación del pensamiento racional y, por lo tanto, científico, ni el salto místico hacia un reencantamiento del mundo que esté por fuera tanto de la débil pero no quieta razón como de la riesgosa pero insustituible y deliciosa sensibilidad. Si por reencantamiento del mundo entendemos la necesaria complementariedad del conocimiento racional para llegar a la contemplación estética y a la experiencia fruitiva del mundo, estamos de acuerdo. Pero ello no debe significar un salto al angustioso vacío metafísico de lo infinito y del más allá de lo real existente. El Ambientalismo es una lucha por cambiar lo real existente. Si lo que nos interesa reposa más allá de lo real existente, claudicamos. La Educación Ambiental no puede estar por fuera de esa lucha. Vemos con preocupación cómo en diversos campos, pero especialmente en la educación, la gestión ambiental declina, cede y pierde terreno mientras se dedica a abrirse al infinito y niega la pertinencia de abrirnos a lo real existente.

Lo que tenemos que reconstruir reside en esta inquieta y limitada racionalidad que nos ha conducido hasta acá, en medio de peligrosas Circes. Estamos de acuerdo con el rechazo a una racionalidad ajena a la piel, a una racionalidad que ha llevado a la explotación destructiva del ecosistema y de lo humano, a la bomba atómica sobre Hiroshima y al desajuste entre saciedad y hambre. Estamos de acuerdo en



rechazar la racionalidad política y económica imperante que, más que dentro de los límites de lo racional, parece solazarse en las fronteras de una irracionalidad disfrazada con un vestido científico, que no es otro que la gabardina blanca del positivismo. Pero no estamos de acuerdo en que ello exija eximirse de lo real existente o que conduzca a negarle la palabra a los saberes que lo abordan, sean cuales fueren. Es indispensable reformar el camino histórico que nos ha traído hasta acá pero también ese esfuerzo es histórico y, por lo tanto, pertenece a la finitud del más acá. Proponemos ese sendero para el Ambientalismo. Se trata del largo, fecundo y, en no pocas ocasiones, doloroso camino terrenal. Al posar nuestras huellas sobre su recorrido, al andarlo, formamos a nuestros educandos sobre la base de que en la diversidad ecosistémica residen las otredades culturales, la justicia social, la convivencia comunitaria y la sustentabilidad.

La ética consustancial al Currículum del Ambientalismo Humanista consiste en que el educador y la educadora no ya solamente informen a los educandos sobre esta noción o en que los educandos la aprendan, sino en la consistencia con la cual el proceso educativo forme sobre dicha noción al educando y al educador.

Igualmente distantes de la racionalidad tecnológica que de la desconfiguración de la causalidad; aferrados al tronco nutricional de la lógica dialéctica; esperanzados en colocar a Einstein y no a Böhr en su merecido lugar y, con Einstein pasear nuestra labor por los caminos de la certeza según la cual el mundo es cognoscible; así dispuestos, puede surgir la equivocación en el aquí y allá de la topografía argumental pero confiamos en que algunos y algunas avalen la transparencia con la cual se despliega. Es decir que, como un nacimiento de agua termal, se logre ver de un solo golpe de vista pero que no por ello deje de estar edificado en el núcleo profundo donde se cuecen los alimentos que nutren el ánimo y el cuerpo de quienes vivimos de lo que produce la ancha Madre Tierra. ¿Por qué confiar? Porque la ternura no debe dejar de oír sus limitaciones ni el cariño podrá abstenerse del curso del Sol. Nos sobra buena voluntad pero no nos alcanza solamente con ella. Sin confiar en que las certezas existen, el Ambientalismo deviene en una simple vanguardia más. Pero el Ambientalismo no es ni una moda ni una vanguardia. ¿Por qué? La dirección general del camino: esto es lo que conmueve nuestra atención.